

Capítulo 2

Orgía visual y narración televisiva. Exceso y escarnio en la exhibición mediática del cuerpo

Quiero comunicarle al país, que en una operación conjunta de las Fuerzas Militares y la Policía Nacional, fue dado de baja alias Raúl Reyes, miembro del secretariado de las Farc. Y que este es el golpe más contundente que se le ha dado a ese grupo terrorista, hasta el momento.

Anunciaba con voz firme, Juan Manuel Santos, ministro de Defensa en 2008 y actual presidente de Colombia. Así dio a conocer a la opinión pública los detalles de la Operación Fénix, que puso fin a la vida del mítico guerrillero, el 1.º de marzo de 2008, tras el ataque conjunto de cinco comandos especiales de las Fuerzas Armadas al rústico campamento en el que se encontraba Reyes, en territorio ecuatoriano. Al escuchar el re-lato de la operación militar, me pareció un ejercicio de violencia desmedida sobre el cuerpo de un solo hombre, aun si se trataba del segundo al mando de las Farc.

Desde esa consideración, me interpe-laron varias inquietudes que motivaron este capítulo, dedicado al análisis de las principales narrativas

producidas por los noticieros de televisión RCN y Noticias Uno¹³ sobre los cadáveres de los líderes de las Farc, Luis Edgard Devia Silva, alias ‘Raúl Reyes’, y Manuel Jesús Muñoz Ortiz, más conocido como ‘Iván Ríos’, el miembro más joven del estado mayor de esa guerrilla, quien fue asesinado por su jefe de seguridad el 5 de marzo de 2008.

Al ver en la pantalla estas corporeidades subversivas destrozadas, me preguntaba: ¿cuál es el destino al que la guerra confina los cuerpos de los combatientes?, ¿tendrá el cadáver del enemigo el privilegio de una morada final?, ¿de un sepulcro donde sus víctimas celebren el desprecio; sus allegados, la ausencia; y sus seguidores emprendan el duelo y la despedida, o construyan un altar para la veneración, a los pies de la tumba? ¿Cuál es la estructura del relato informativo sobre los cadáveres de los guerrilleros, en el contexto de la seguridad democrática, bajo la lógica de la exhibición y el ocultamiento corporal? ¿Dónde van a parar los muertos cuando han cesado los disparos, cuando la espesura del silencio se impone sobre el murmullo de la vida, que escapa a borbotones por las heridas del cuerpo?

Las anteriores son cuestiones que apuntan a la construcción de sentido sobre la corporeidad del conflicto armado en Colombia, y a los modos en que este se expresa en la cultura, a través de relatos, imágenes y representaciones construidas por los medios masivos de comunicación, en el delirio cotidiano de su producción simbólica y narrativa¹⁴. Esto porque la guerra se hace historia en las noticias, y bajo ese poder lírico, los actores sociales del conflicto, y las prácticas bélicas que padecen o ejecutan sobre

13 Dos razones prácticas sostienen la elección de estos noticieros para realizar el estudio de las narrativas sobre el cuerpo. En primer lugar, la existencia de material de archivo sobre las noticias consideradas en la investigación, durante el periodo de gobierno de Uribe Vélez, 2002-2010, y en segundo lugar, la asimetría de las relaciones que estos informativos mantuvieron con el entonces presidente Uribe, en materia de actuación del Gobierno en el conflicto armado interno.

14 En este estudio, las narrativas mediáticas se definen como una serie de relatos producidos y actualizados por un medio de comunicación masiva, en este caso la televisión, que se refieren a los hechos de la vida cotidiana o a momentos históricos relevantes. Además, el discurso de las noticias se considera una narrativa que informa sobre acontecimientos políticos concretos, como forma de mantener a la audiencia al corriente como ciudadanos y votantes (Jensen, 1997, p. 127).

el cuerpo, devienen relato, trama o personaje, como parte de un complejo ejercicio de simbiosis discursiva y política del que hablaré a continuación.

La lectura sobre las narrativas de corporeidad que aquí propongo se despliega a partir de la tensión continua entre exhibición y ocultamiento, ausencia y presencia del cadáver de los guerrilleros, en las prácticas bélicas representadas por los informativos analizados, desde una concepción de sus cuerpos como elementos con valor de cambio político y simbólico en el marco del conflicto.

Los relatos están organizados según el trayecto emprendido por los cadáveres de Raúl Reyes e Iván Ríos, a través de escenarios físicos, institucionales y simbólicos, que marcan el tránsito de los cuerpos desde la exhibición mediática y política a la que son sometidos al momento de su muerte hasta el anonimato y la invisibilidad, que se advierte como destino final reservado a los actores armados.

Preludio a las narrativas sobre la cacería de Raúl Reyes. La Operación Fénix y la política de seguridad democrática

Doy inicio al capítulo con la fundamental alusión a la política de seguridad democrática, contexto ineludible de las representaciones de corporeidad elaboradas por los noticieros RCN y Noticias Uno sobre la muerte de Reyes, durante Operación Fénix, evento inaugural de la eficacia militar postulada por la seguridad democrática en el combate contra la subversión¹⁵. Esta política, implementada por el expresidente Álvaro Uribe Vélez, se define, al decir de Fabio López de la Roche: “como un proyecto de orden, autoridad y mano dura contra la guerrilla de las Farc”, denominada por el Estado como el principal enemigo de la sociedad. De

15 Bajo el imperativo de la ley y la seguridad, se consideró el terrorismo como la mayor amenaza contra la democracia, y según el Ministerio de Defensa Nacional, el principal método para desestabilizar el orden institucional. Dentro de las organizaciones terroristas, el gobierno de Uribe identificó a las Farc, el ELN y las Autodefensas, actores con experticia en el uso calculado de violencia letal contra civiles con fines políticos (Ministerio del Interior, 2003, p. 25).

ahí la importancia que adquirió, durante el gobierno de Uribe, la potente ofensiva militar contra las guerrillas (López de la Roche, 2010, p. 43)¹⁶.

El proyecto de seguridad democrática buscaba combatir la violencia organizada y recuperar el control territorial, a partir de la fusión de tres estrategias: negociaciones con los grupos paramilitares, reducción de las guerrillas mediante colosales operativos militares y una política de remuneraciones monetarias otorgadas a desertores individuales de grupos armados. Será necesario acercarnos un poco a esta última cuestión, dada la importancia que reviste, en las narrativas informativas, la delación como causa fundamental del asesinato de Iván Ríos y de Raúl Reyes. Al primero lo traicionó su jefe de seguridad, y al segundo, un compañero del frente guerrillero que dirigía. El principio de la delación está consignado en el término *seguridad de la solidaridad*, definido en documentos estatales de la siguiente manera:

El Gobierno promoverá la cooperación voluntaria y patriótica de los ciudadanos, en cumplimiento de sus deberes constitucionales y en aplicación del principio de solidaridad que exige el moderno estado social de derecho, con el fin de que cada ciudadano contribuya a la prevención del terrorismo y la delincuencia, proporcionando información relacionada con las organizaciones armadas ilegales. (Ministerio del Interior, 2003, p. 61)

La lucha contra las organizaciones guerrilleras constituye una pieza clave de la seguridad democrática, que se traduce en la necesidad de ubicar a sus cabecillas, de descender hasta los confines de la selva, histórica

16 En opinión de algunos académicos de la violencia, como Fernán González, en los ocho años del gobierno de Álvaro Uribe se logró disminuir el accionar y la presencia territorial de las Farc y se dieron golpes militares contundentes contra esta organización, entre los que se cuenta el haber eliminado de la lista a sus principales jefes militares, entre estos, Víctor Julio Suárez Rojas, alias ‘Mono Jojoy’ y Guillermo León Sáenz Vargas, alias ‘Alfonso Cano’, comandante del estado mayor de las Farc, dados de baja entre 2010 y 2011 mediante las sofisticadas operaciones militares Sodoma y Odiseo, respectivamente.

guardia de las Farc y el ELN, para sorprender al enemigo y tomarlo por asalto en su propia morada, en su refugio¹⁷.

Al respecto, es pertinente citar las declaraciones de Álvaro Uribe Vélez concedidas a la prensa nacional a comienzos de 2003, referidas a la solicitud de Manuel Marulanda Vélez, alias ‘Tirofijo’, comandante en jefe y fundador de las Farc, sobre una nueva zona de despeje destinada al canje de guerrilleros presos por civiles secuestrados: “Que nos esperen allá tranquilos, porque por más espesa la selva, y agreste la topografía, [...] llegaremos para derrotarlos” (*El Tiempo*, 16 de abril de 2003).

Fue esa idea de localizar y “neutralizar” a los principales jefes de las Farc, en las entrañas de la selva colombiana, la que motivó la ejecución de la histórica Operación Fénix, que permitió, en clave militar, “dar de baja” a Raúl Reyes y a otros diecisiete guerrilleros que se encontraban en el campamento, incluido el ecuatoriano Franklin Aizala Molina, identificado por inteligencia militar como alias ‘Lucho’. Durante el bombardeo, tres mujeres resultaron heridas, entre ellas, la ciudadana mexicana Lucía Andrea Morett Álvarez y las colombianas Martha Pérez y Doris Bohórquez, cuyos nombres ni siquiera aparecieron en las noticias analizadas.

RCN y Noticias Uno describieron, con el argot propio de los militares, todos los pormenores de la Operación Fénix, desde el momento en que fue concebida, un año antes, hasta que se llevó a cabo en la madrugada del 1.º de marzo de 2008. En los relatos informativos, hay una clara apelación a la política de seguridad democrática y a los modos en que esta se inscribe sobre la superficie del cuerpo de los combatientes, a partir de una militarización técnico-somática, desde la cual el cuerpo se considera un objetivo militar, un blanco móvil de alto valor sobre el que recaen las acciones emprendidas por hombres comando del ejército colombiano, soldados cibernéticos que con avanzadas tecnologías de comunicación y

17 Para lograr este cometido, la política de seguridad democrática implementa el Plan Patriota, mediante el cual se pretende controlar las zonas selváticas que tradicionalmente han sido espacios del control ejercido por la guerrilla. Al respecto, el Cinep, a través de la revista *Noche y Niebla*, afirma que dicho plan: “funciona como un gigantesco operativo militar, que ha comprometido inmensos recursos del presupuesto del Estado al involucrar a más de 15.000 efectivos del Ejército con intensa asesoría norteamericana” (2004, p. 18).

armamento de punta, integran unidades mixtas especiales, encargadas de ubicar posiciones de la guerrilla y transmitir esa información a la Fuerza Aérea.

En el análisis narrativo, advierto que una militarización del cuerpo opera sobre el lenguaje, señala nuevas formas de nombrar y clasificar al otro, al adversario, que se expresan en fragmentos como el siguiente:

12:20 de la madrugada: aviones Súper Tucano del comando aéreo de combate n.º 2, con sede en Villavicencio, realizaron una maniobra de ablandamiento y bombardearon el sitio donde se desplazaban Raúl Reyes, Julián Conrado y otros 16 guerrilleros. A las dos de la mañana, por radio, los subversivos fueron oídos reportando que Reyes había resultado herido en la pierna izquierda; luego, la Infantería de Marina bloqueó el área general del objetivo, y cerca de las cuatro de la mañana, cinco comandos de la brigada de fuerzas especiales del Ejército penetraron la zona, marcaron los movimientos de los guerrilleros y abrieron fuego. (Noticias Uno, 1.º de marzo de 2008)

Es evidente que las prioridades militares de la seguridad democrática en el conflicto armado han generado nuevos modos de vigilancia sobre los cuerpos a través tecnologías como la comunicación satelital, modernos sistemas de radiofrecuencia, mapas digitales de las zonas en que se ubican los guerrilleros, fotografías aéreas de los campamentos o lentes de visión nocturna que convierten el cuerpo en un objeto localizable y medible, en una proyección virtual de la encarnación del contrincante de batalla. “Para efectos de poder, responder el fuego y neutralizar al enemigo, con las coordenadas, la Fuerza Aérea colombiana procedió a atacar el campamento desde el lado colombiano, teniendo siempre en cuenta la orden de no violar el espacio aéreo ecuatoriano”, dijo Juan Manuel Santos a RCN Noticias, el 1.º de marzo de 2008, al explicar cómo se llevó a cabo la Operación Fénix.

De ahí que podamos decir, en el marco de estas narrativas, que el cuerpo es objeto de inspección, lugar de control y espacio abierto para el dominio del Estado. Visto de esa forma, y sin dejar de considerar que la lucha contra la subversión fue la bandera insignia del gobierno de Uribe, se entiende la destrucción del cuerpo de Reyes como aniquilación del

enemigo. Por lo tanto, se hace necesario, de un lado, exponer el cadáver de Raúl Reyes a los medios, como parte de la construcción de verdad sobre la eficacia del proyecto de la seguridad democrática, y, del otro, custodiar el cuerpo para que no sea recuperado por el enemigo, o confiscarlo y relegarlo al olvido, para evitar el duelo y la despedida, como lo veremos más adelante.

Cuerpos en tránsito y sentidos móviles

La muerte de Luis Edgar Devia Silva, alias ‘Raúl Reyes’, el 1.º de marzo de 2008, tras la Operación Fénix, produjo la ruptura de las relaciones bilaterales con Ecuador y, más tarde, una crisis diplomática con Venezuela y Nicaragua. El episodio no solo generó una hecatombe política con los países vecinos y el cuestionamiento de la comunidad internacional al entonces presidente Álvaro Uribe Vélez, por la violación a la soberanía territorial del Ecuador, sino que también activó el frenesí narrativo de los noticieros de televisión y su necesidad de historias e imágenes inéditas de la guerra y la experiencia corporal de los combatientes.

El éxtasis periodístico se tradujo en una explosión de relatos informativos acerca de los padecimientos del cuerpo de Reyes, que tuvieron lugar en temporalidades distintas y en escenarios variados como la selva, lugar donde perdió la vida tras un bombardeo aéreo, o los aeropuertos y bases militares donde fue trasladado antes de ser conducido al Instituto de Medicina Legal, espacio donde se llevó a cabo la necropsia del guerrillero. Un tránsito que señala el nomadismo del cadáver por instancias de construcción de sentido sobre el conflicto armado y la muerte, a partir de las cuales la corporeidad del líder subversivo emerge como materialidad y ficción discursiva ambulante.

En esta parte del libro se recrean las representaciones y los relatos sobre la corporeidad de Raúl Reyes elaborados por los informativos durante la recuperación de su cadáver, emprendida por las Fuerzas Militares tras el bombardeo al campamento en el que se encontraba en territorio ecuatoriano. Aquí también se describen las narrativas de los dos noticieros analizados, referidas a la llegada del cuerpo sin vida del líder subversivo a Bogotá.

Ante todo, debo señalar que en las noticias sobre la Operación Fénix, la mirada sobre los cuerpos es direccionada por los militares y por

el Estado colombiano, quienes proporcionan a los medios el material audiovisual sobre el evento. Las primeras imágenes que se obtienen de la operación militar hacen parte de un video preparado por el Ministerio de Defensa Nacional, divulgado por Noticias RCN el 6 de marzo de 2008. En este, la oscuridad y la selva son los escenarios de la corporeidad en los que tiene lugar la recuperación del cadáver de Raúl Reyes. Me permito describir algunos detalles del acontecimiento.

Las imágenes de la retoma del campamento guerrillero constituyen una extensión de los aparatos de visión nocturna que llevan los soldados y policías para explorar la zona del ataque. La luz verde de las linternas apenas atraviesa la densa oscuridad y deja ver los contornos de los cuerpos de tres mujeres heridas que van apareciendo en el camino, mientras los uniformados avanzan en la búsqueda de Reyes. Una mujer tendida boca abajo se voltea cuando se topa con la mirada de los militares, cierra los ojos ante la potente luz que recorre su cuerpo, tiene las manos amarradas y está herida. Un soldado la inspecciona y la muestra a la cámara, al parecer, la interroga sobre el paradero de Reyes, pero ella intenta ocultarlo: “Oiga, pero usted sí es bien mentirosa, estaba diciendo que aquí no estaba Raúl Reyes y allá estaba”, grita el uniformado (Noticias RCN, 6 de marzo de 2008).

Los miembros de la fuerza pública extienden su voz potente sobre la zona y lanzan advertencias a los guerrilleros para que se entreguen, en el que parece un ejercicio de dominio territorial y simbólico: “Ya el que queríamos ya lo encontramos, hermano, ya ustedes no son blanco para nosotros. El barbuchas que queríamos ya lo tenemos, hermano, entonces no se hagan matar chimbamente. Entréguense, entréguense” (2008), dice con insistencia el mismo soldado.

Al tratar de ubicar el cuerpo del líder guerrillero, la fisonomía de Reyes opera como un mapa de identificación. Una luz tenue ilumina el cadáver, se enfoca en sus manos sin vida, y en ellas, los militares buscan con afán signos que confirmen la identidad del legendario combatiente, en especial un anillo que acostumbraba llevar en la mano derecha, una cicatriz en un dedo y el reloj Rolex que lo distinguía. Marcas importantes que no dejan duda alguna, se trataba de Luis Edgar Devia Silva.

A partir de este momento, las imágenes del cuerpo muerto de Raúl Reyes se convertirían en un mecanismo de construcción de verdad y en

un documento histórico y periodístico invaluable. Dichas imágenes nos permitirían acceder a la intimidad del grupo subversivo y evidenciar la contradicción que enmarca la exploración mediática del cadáver, entendido en este contexto como lugar paradójico e intersticial, donde se cruza el deseo impúdico de ver y mostrar el daño que produce la violencia sobre la carne, y al mismo tiempo, la necesidad de cerrar los ojos ante el horror, de dar la espalda a la monstruosidad. En cualquier caso, el misterio había sido develado por el lente de la cámara, la clandestinidad de la guerrilla se había roto, la selva como el escenario agreste, salvaje, indomable, donde se refugian los cuerpos de los guerreros, abría sus entrañas para arrojar cadáveres.

Noticias RCN, en la emisión del 6 de marzo de 2008, informa que al lado del cuerpo de Reyes yacía muerto quien se creía que era Julián Conrado, hombre de confianza del jefe subversivo, apodado ‘El cantante’ (Noticias RCN, 6 de marzo de 2008). Luego se supo que se trataba del ciudadano ecuatoriano Franklin Aisalia, y ese dato agudizó la crisis diplomática con el país vecino.

Pasada la identificación de Reyes, no hubo tiempo para diligenciar ningún protocolo de levantamiento, y se debía proceder con extrema precaución, pues la disputa por el cadáver del canciller de las Farc no cesaba, y debajo de su cuerpo, los guerrilleros habían dejado una granada para impedir que los comandos del Ejército se lo llevaran¹⁸.

“Los cadáveres de alias ‘Raúl Reyes’ y de alias ‘Julián Conrado’ fueron trasladados a territorio colombiano para evitar que las Farc intentaran recuperarlos y se encuentran en poder de las autoridades colombianas”, informó al país el exministro de Defensa Juan Manuel Santos, a través de los noticieros nacionales.

No cabe duda de que el valor de los cuerpos varía según el titular de la corporeidad; así, en el caso de Reyes, su anatomía cobra un inminente

18 Desde el momento en que Raúl Reyes fue dado de baja, su cadáver se convirtió en un objeto de confrontación. Los guerrilleros intentaron ocultarlo entre la selva y lograron desplazarlo cincuenta metros dentro del monte. Luego, desde ese mismo lugar, localizado al sur del río Putumayo, en el lugar denominado Santa Rosa, disparaban al Ejército para evitar a toda costa la confiscación del cuerpo de su líder por parte del Estado colombiano.

sentido político, en términos de resultados de la seguridad democrática, al ser parte de una victoria militar y elemento probatorio para las autoridades judiciales. Quizá por eso los soldados que hallaron su cadáver intentaban verlo de cerca, aproximarse una y otra vez con la cámara a sus heridas, como una estrategia para asegurar que se trataba de él. Un hecho que inauguraría la política del exceso en torno a las imágenes del cadáver, como un intento de compensar, de alguna forma, el enigma de su identidad y de permitir a los espectadores contemplar el cuerpo del enemigo, el objeto de odio.

La política visual y narrativa del exceso, derivada de los relatos informativos sobre el cuerpo de Reyes, nos remite a la idea de Elsa Blair sobre la muerte violenta en Colombia como fenómeno excesivo, en este caso, no por el número de muertos que provoca, sino por la sobrecarga simbólica expresada en las maneras de ejecutarla y en las formas para nombrarla y normalizarla a través del lenguaje o la imagen: “A plena luz, el campamento deja de esconder detalles, el comedor, la carpa, una antena y 39.900 dólares. Después, las autoridades reúnen los cadáveres”, cuenta un periodista de RCN, el 6 de marzo de 2008, mientras se muestra la destrucción del campamento, los cuerpos de guerrilleros tendidos en el suelo, y cubiertos con lonas negras, el armamento abandonado por doquier, las alacenas repletas de abarrotes, las camas entabladas y los uniformes camuflados tendidos de forma caótica sobre los árboles, que hablan del modo en que la violencia del bombardeo arrancó la ropa de los guerrilleros.

El vestuario despliega así su poder simbólico y se erige como una pieza fundamental en la construcción de sentido sobre la corporeidad, pues revela el abandono al que son sometidos los cuerpos de la guerra, la desprotección, las formas en que los individuos son despojados de sus insignias, resignificados en una camiseta del grupo subversivo, o los roles abandonados en campos de batalla desolados. La ropa es en sí misma la evidencia de un cuerpo ausente, de algo que es, o que fue, una marca, y, ciertamente, un modo de inscribir una estética particular sobre la superficie corporal.

Con Reyes en su poder, los demás cuerpos vivos y muertos encontrados en el campamento son secundarios para la fuerza pública y, por ende, para los noticieros. Los computadores del líder guerrillero, en cambio, resultan ser más importantes, por considerarse una pieza fundamental para

develar los secretos de las Farc. En marzo de 2008, los portátiles del jefe subversivo fueron denominados por los periodistas de RCN, y las fuentes militares citadas por el medios, como “el principal hallazgo de la Operación Fénix”. Por lo tanto, se guardaron con recelo en maletines especiales, que fueron recuperados y trasladados a territorio colombiano por helicópteros militares, junto a otros objetos valiosos: los cadáveres de Reyes y de otros diecisiete guerrilleros.

Cuando el cadáver de Reyes ingresa al helicóptero de la Fuerza Aérea, los comandos especiales que participaron en los operativos aún no pueden creer que este mítico subversivo haya sido cazado, y entonces despliegan sus cámaras y celulares para tomarse fotos al lado del cuerpo. Lo interesante aquí es revisar las decisiones sobre qué porción de la realidad se hace visible en una foto o en los medios. Podríamos analizar la cuestión en términos estéticos, al entender la imagen desde su potencia creativa e icónica, o preguntarnos qué se considera memorable. En este caso, los militares posan al lado de Raúl Reyes por razones simbólicas, la foto puede ser una evidencia del deceso de Reyes, un modo de hacer perdurable la propia presencia al lado del enemigo, que da cuenta de la participación personal en un hito militar e histórico del conflicto armado.

La verdad sobre lo ocurrido en la Operación Fénix se va revelando a cuentagotas, según los documentos y fotografías que se van filtrando en los noticieros:

Las imágenes captadas por los primeros militares que se acercaron a conocer los cuerpos quieren dejar constancia de la fecha e identidad de los hombres dados de baja en un bombardeo a orillas del río San Miguel, en la frontera con el Ecuador, que a la postre resulta siendo el más importante parte de victoria dado por las Fuerzas Militares en los últimos cincuenta años. En el video aficionado, se registra el afán de los curiosos por obtener estas históricas imágenes que dan fe de la muerte del líder guerrillero. (Noticias RCN, 1.º de marzo de 2008)

En una época marcada por la saturación de imágenes, la primacía de la visualidad del cadáver de Reyes en las narrativas de los noticieros puede entenderse como una respuesta al principio general de nuestra era, según el cual la imagen se considera garantía de verdad, en tanto referencia

directa y fidedigna de hechos del mundo exterior que, se sabe, pueden ser manipulados por las fuentes o alterados en las operaciones de edición y montaje que tienen lugar en las redacciones de los medios.

No podemos olvidar que el gobierno de los otros y de sí mismos, al decir de Foucault (2002), se relaciona con la producción de verdad y con el modo en que el poder actúa de manera subcutánea sobre un cuerpo que expone relaciones de dominación, sujeción y seducción, derivadas del ejercicio de la violencia física y simbólica sobre las anatomías y el lenguaje. Esto porque el poder no solo constriñe, también produce discursos, prácticas, imágenes e instituciones que muestran el carácter móvil y nómada del poder, que no se encuentra en un solo lugar.

En este sentido, las narrativas de la Operación Fénix producen significados sobre el conflicto y sobre sus actores, y describen formas de conocimiento social conectadas a operaciones de poder y prácticas sociales. La política de seguridad democrática expresa ese carácter productivo del poder, en tanto genera realidades, objetos, rituales de verdad y narrativas de los cuerpos que recrean la imagen del enemigo a partir de las prácticas de representación y conocimientos sobre el otro.

El arribo de Reyes a la ciudad

La llegada de Raúl Reyes a un aeropuerto militar de Bogotá dio continuidad a la fase de exhibición visual desbordada de su cadáver y detonó el paroxismo de las imágenes mediáticas, que dejaban ver un cierto deleite necrofílico con el cuerpo. Con voz exaltada, un comunicador de Noticias Uno que se encontraba en el lugar de la noticia narraba lo siguiente:

A las 8:10 de la noche aterrizó en el Aeropuerto Militar de Catám el caza Montaña 12,50 de la Fuerza Aérea, con los cuerpos del soldado Carlos Hernández y de los guerrilleros Julián Conrado y Raúl Reyes, a quienes una unidad de criminalística de la Dijín les practicó macrodactilia y carta dental. Los analistas tomaron nota de las heridas que le causaron la muerte al comandante guerrillero, dicen que tiene impactos por explosión y por munición de fusil a corta distancia [...]. (Canal Uno, 1.º de marzo de 2008)

El Estado colombiano permite a los periodistas acceder al cuerpo muerto de Reyes, y este aparece ante las cámaras tumbado en el suelo de un helicóptero, en medio del personal de la Policía, la Fuerza Aérea, médicos legistas y técnicos forenses con indumentaria de bioseguridad (véase Anexos, imagen 1).

Todos ellos, especialistas en la morbilidad de la guerra, llevan a cabo, a puerta cerrada, la tarea de identificación plena del occiso, a partir del despliegue de técnicas científicas e inventarios de las heridas y laceraciones del cuerpo. Entre exaltado y sorprendido, Arnulfo Méndez de Noticias Uno informó:

Las primeras fotografías revelaron la contundencia del ataque del Ejército y la Armada a un cuerpo, con un impacto de fusil en el pecho y otro en el ojo izquierdo. Una quinta fotografía, que por lo fuerte de la imagen distorsionamos, prueba cómo su pierna derecha fue destrozada por las esquirlas de las bombas lanzadas desde el aire. [...] Aunque su fisionomía no dejó campo a dudas sobre su identidad, las autoridades buscaban afanosamente una cicatriz en el dedo índice de la mano derecha, para acabar de confirmar que se trataba de Raúl Reyes. (Noticias Uno, 1.º de marzo de 2008)

Los periodistas fijan sus cámaras en la arquitectura anatómica de Reyes y toman miles de fotografías y videos como estrategia para acceder a su interioridad corporal y averiguar qué daños provocó el ataque militar sobre esta materialidad desecha. Descifrar esa información suscita una riqueza de relatos periodísticos que aluden al cuerpo como lugar de la violencia estatal sobre la subversión. Así lo expresó un periodista de Noticias Uno:

Estas son las primeras imágenes que se conocieron al caer la tarde, del cadáver de Raúl Reyes. El segundo hombre en importancia de las Farc vestía una camiseta blanca, en la que aparece una fotografía de Manuel Marulanda con una leyenda alusiva a la conmemoración de los 40 años de la agrupación guerrillera. El hecho de vestir una camiseta, y no su uniforme camuflado, también evidencia que el guerrillero no estaba preparado para el combate, y que tal vez, después

de que le interceptaron la conversación desde su teléfono satelital, se fue a dormir. (1.º de marzo de 2008)

Se muestra a Reyes como un cuerpo indefenso, desvalido, expuesto a una situación límite de violencia, frente al poder desmedido de cinco comandos especiales de las Fuerzas Militares sobre su corporeidad. El no portar su uniforme camuflado también sugiere una idea de desprotección. Entre tanto, la imagen de la camiseta que portaba el jefe guerrillero es capitalizada por los medios como elemento irónico de gran valor simbólico e ideológico, que representa la inscripción orgullosa del cuerpo a las Farc y la participación individual en la historia legendaria del grupo subversivo. Pero esta prenda se ciñe como segunda piel, ensangrentada y sucia, al cadáver de Reyes, y en este sentido, es evidencia del triunfo estatal sobre la corporeidad misma de la guerrilla, y, por lo tanto, está dotada de significados políticos que no pasan inadvertidos a los medios de comunicación (véase Anexos, imagen 2).

Puedo decir que en estas narrativas, el tratamiento otorgado por el Estado y por los periodistas a los cuerpos de los actores sociales del conflicto armado no es el mismo. El cadáver del único soldado que murió durante la operación militar no fue exhibido; en su lugar, se mostró un féretro cubierto con la bandera de Colombia, que avanzaba por una calle de honor en una carroza fúnebre. En contraposición, el cadáver de Reyes fue expuesto en la vitrina virtual de la televisión, con todos los vejámenes sobre su anatomía. En la noticia, el soldado es tratado como un héroe, que por su condición, tiene derecho al ritual funerario inmediato, o con pocas horas de diferencia con respecto al deceso. Es evidente que la postergación, impedimento o anulación de la ritualidad funeraria es una prueba que deben pasar ciertos personajes de esta historia. Observemos el eco de los relatos elaborados por los dos noticieros analizados. Según Noticias Uno,

El cuerpo del soldado salió de Catám en medio de una calle de honor y en una carroza. El de Raúl Reyes fue enviado a Medicina Legal, en una tanqueta de la Policía, escoltado por 16 motos, otro carro blindado y 36 hombres del comando de operaciones militares de la policía. (1.º de marzo de 2008).

Por su parte, RCN se refería así al uniformado:

Primero, antes de permitirnos ver el cadáver de Raúl Reyes, se hizo un recibimiento especial al soldado profesional Carlos Hernández León, el hombre de 33 años que entregó su vida después de dedicarle 13 años al Ejército Nacional de Colombia, y que participó en este operativo que permitió la muerte de Raúl Reyes. (1.º de marzo de 2008)

Debo agregar que los medios también exhiben cierto poder simbólico frente al cadáver de Reyes, expresado en la potencialidad visual y narrativa de la corporeidad muerta, esto es, en la capacidad de la televisión para convertir el cadáver en imágenes, con un amplio espectro de difusión social, que antes de relegar a este subversivo al olvido, puede llegar a perpetuar su muerte en la Operación Fénix, como un mito de alcance global. Al respecto, los dos noticieros se refieren con orgullo al ineditismo y valor periodístico de las imágenes reveladas sobre el cadáver, tal como lo muestran los siguientes ejemplos:

“Noticias Uno publicó una primicia, que fue la serie de fotografías que muestran el cuerpo de Reyes abatido por el Ejército. Arnulfo Martínez vio las imágenes con expertos, y tiene ya algunas conclusiones” (Noticias Uno, 1.º de marzo de 2008). Y en alusión a este poder informativo de lo visual, un periodista de RCN afirmó: “Son un centenar de fotografías obtenidas por Noticias RCN, que muestran los momentos en que los comandos de la Policía y de las Fuerzas Militares ingresaron al campamento en que fue abatido alias, ‘Raúl Reyes’” (Noticias RCN, 29 de octubre de 2009).

Para mostrar cierto recato ético frente al horror de hacer visible la experiencia corporal de la guerra, encarnada en el cadáver de Luis Edgard Devia Silva (figura 3) los noticieros lanzan expresiones eufemísticas que les permiten eludir responsabilidades frente a la exhibición sensacionalista del cuerpo: “Las imágenes son crudas, por eso les recomendamos a los niños y a las personas sensibles que se abstengan de mirarlas. Igual las emitimos, por la importancia que tienen a nivel periodístico y documental” (1 de marzo de 2008), afirma Arnulfo Martínez, periodista de Noticias Uno, mientras analiza en detalle las fotografías del cadáver de Reyes que ocupan la pantalla del televisor.

En el caso del noticiero de RCN, el pudor visual solo se aplica a las imágenes de otros cuerpos distintos al de Reyes, por ejemplo, a las de los

demás guerrilleros abatidos en el ataque aéreo, cuyos cadáveres semidesnudos se sugieren tras un círculo blanco que los cubre y los aparta de la inspección de nuestra mirada. Apenas si podemos resolver el misterio de su identidad y jugar a imaginar a quién pueden pertenecer las prendas camufladas y las botas que yacen en el suelo. Me queda el interrogante sobre el ocultamiento de los cuerpos femeninos y el direccionamiento del horizonte visual de los medios y del Estado hacia la masculinidad de la guerra y su despojo:

Más de cincuenta fotografías de cuerpos de presuntos guerrilleros muertos que nos abstenemos de publicar, por su crudeza, están en el archivo. La serie termina con varias fotos del grupo élite que participó en la Operación Fénix, cuando contentos con el resultado, posan dentro de un avión oficial. (Noticias RCN, 29 de octubre de 2009)

El cadáver del enemigo yace sobre metal frío: la necropsia de Reyes

Mucho antes del bombardeo que acabó con su vida, la muerte ya se anidaba en el cuerpo de Raúl Reyes. “El informe final de los forenses dejó en claro que estaba a punto de morir a causa de un paro cardíaco, pues el examen hecho al corazón reveló que dos venas coronarias estaban taponadas por grasa en más del ochenta por ciento”, afirmaba con asombro un periodista de RCN mientras daba a conocer al país, el 29 de septiembre de 2010, datos de la necropsia practicada por un equipo de especialistas de Medicina Legal al cadáver de Raúl Reyes. Los datos fueron revelados por los medios hasta ese año, a partir del contraste mórbido entre la exploración de los cadáveres de los líderes guerrilleros Raúl Reyes y el Mono Jojoy.

En este caso, el grado de destrucción corporal es un elemento esencial del relato informativo, del que emergen rostros devastados por balas de fusil, atravesados y medidos por instrumental médico, radiografías que muestran la amputación del pie derecho de Raúl Reyes, e imaginaría médica desplegada sobre fracturas y lesiones óseas de su cabeza y de su cara, cuya gravedad puede menos que provocar estupor y desagrado.

[...] el cuerpo del jefe guerrillero ingresó a las instalaciones de Medicina Legal para ser preparado para la necropsia, que duró cuatro horas: comenzó a las diez de la noche y terminó a las dos de la mañana. En el caso de Raúl Reyes, las labores fueron relativamente menos complicadas que en el caso del Mono Jojoy, pues el cuerpo de Reyes presentaba menos daños físicos. Entre tanto, la necropsia realizada a alias el ‘Mono Jojoy’ duró más de cinco horas, y estableció que el jefe subversivo murió por asfixia, por las toneladas de tierra que le cayeron encima tras la explosión. (RCN, 29 de septiembre de 2010)

En las narrativas sobre la muerte de Reyes, la necropsia sustituye la ritualidad funeraria, a la que sí tuvo derecho el cuerpo del único soldado que murió en la Operación Fénix, y en ese sentido, es una práctica que desacraliza la muerte para ponerla al servicio de la inspección médica y de la investigación jurídica. La ausencia de un ataúd evidencia la incapacidad de la restitución simbólica del deceso y, en su lugar, posiciona la mesa de acero de la morgue, donde se expone el cuerpo y se manipula.

Las imágenes de las instalaciones de Medicina Legal, que marcan los relatos informativos sobre la muerte de Reyes, inauguran la llegada del cadáver a un espacio médico, donde los forenses, con sus prácticas de tanatopraxia¹⁹, intentan averiguar de qué murió el “mítico guerrillero” y se apresuran a buscar sus enfermedades. Los órganos del muerto comienzan a revelar al patólogo información sobre su estilo de vida, cómo fueron los últimos momentos de su existencia y cuál fue la causa del deceso. Los resultados de la necropsia medico-legal se apoyan en pruebas de laboratorios de balística, biología, química y toxicología forense, entre otros. Cada hallazgo logrado durante la necropsia es registrado fotográficamente o descrito en protocolos de laboratorio:

A las 9:18 minutos llegó el cadáver de Raúl Reyes a Medicina Legal, y todo indica que estaba dormido en el momento en que empezó el ataque, no vestía de camuflado, usaba una camiseta blanca con la imagen de Manuel Marulanda. Su pistola de nueve milímetros, que

19 Se refiere a las técnicas propias del manejo, preparación y conservación de cadáveres

siempre cargaba, no estaba al lado del cadáver. Primero quedó inmovilizado por lesiones en sus piernas, debido a los impactos de la granada. (Noticias Uno, 1.º de marzo de 2008)

El relato sobre la afección cardíaca de Reyes y la descripción minuciosa del daño que produjo el ejercicio de violencia militar desmedida sobre su cuerpo nos hacen pensar en Luis Edgard Devia Silva como un individuo común, vulnerable a los padecimientos que aquejan a cualquier ser humano. Me pregunto cuáles eran sus hábitos alimenticios, qué excesos placenteros provocaron altos niveles de colesterol en su sangre, cuál era el deleite de sus sentidos en la clandestinidad de la selva, quién cuidaba de él cuando se enfermaba, y cómo su adicción a los cigarrillos President, su debilidad por las mujeres y su carácter colérico llegaron a formar parte de los informes de inteligencia de la Fiscalía General de la Nación, pero pasaron desapercibidos a la mirada de los medios y su sed de historias.

Ante la devastación de los cadáveres, la medicina intenta reconstruir lo que la guerra destruye. El cuerpo de Reyes queda atrapado entre el saber médico y el saber legal. Despojado de su investidura como el segundo hombre al mando de las Farc, y vocero internacional de este grupo subversivo, el temerario guerrillero es ahora un objeto de estudio, una forma anatómica sin una historia personal, un cadáver diseccionado, medido, explorado en sus profundidades por la mirada de los médicos legistas y de los técnicos forenses que intentan develar su singularidad genética y biológica. Ya no está él, sino sus enfermedades, sus heridas y laceraciones profundas²⁰. Es una cavidad humana desfigurada y, sin embargo, colmada de sentido (véase Anexos, imagen 4).

20 Según un documento de autopsia firmado por el médico Emilio Morales Martínez, Raúl Reyes pesaba 85 kilogramos y medía 1,56 centímetros. Estaba cubierto con un pantaloncillo y una camiseta blanca de algodón (talla XL), con el logo de las Farc. “La necropsia deja constancia de las lesiones que se notaban a simple vista en el cadáver: amputación traumática del pie izquierdo; lesiones múltiples en el tórax por explosión; lesiones por proyectil de arma de fuego en la cara (un balazo en la nariz, otro en el mentón); fractura en la columna vertebral; y lesiones por explosivo en la aorta, el hígado, el riñón izquierdo y los intestinos. En conclusión, causa de la muerte: lesiones por elemento explosivo convencional y no artesanal” (Telesur, 17 de abril de 2009).

Una red de significado se teje en torno a la aparente fragilidad de su cuerpo desvalido y abandonado en una bandeja metálica de Medicina Legal. Las prendas que usaba en el momento de su muerte se han convertido en elemento probatorio de su deceso, en piezas de colección legal que hacen parte de los archivos fiscales de la Nación, y como tal, son elementos de inmenso valor político, destinados, como el cadáver, a ser custodiados y protegidos por el Estado, como parte del museo del horror.

Al ver las fotografías de la necropsia, no queda ninguna duda de las operaciones efectivas desplegadas por las Fuerzas Armadas de Colombia sobre el cuerpo de Raúl Reyes para lograr su neutralización, y de paso, avanzar en la reducción del poder militar de las Farc. Pero el inmenso poder simbólico que se despliega a partir del cadáver y su fragmentación en universos de sentido e imágenes sobrecargadas de significados, en conjunción con la diáspora narrativa que el nomadismo incesante del cadáver genera en los medios, parece potenciarse con cada noticia:

La ropa que vestía Raúl Reyes fue guardada en cadena de custodia y así permanece hasta hoy. Las radiografías hechas al cráneo [...] evidencian que el jefe guerrillero murió por dos disparos de fusil 55,6 lanzados desde arriba, al parecer, desde un helicóptero, y que ingresaron por el parental izquierdo [...] Luego de perder su pie derecho por la explosión, alcanzó a huir unos metros, antes de ser alcanzado por los dos proyectiles. (Noticias RCN, 29 de octubre de 2010)

En el preludio de su muerte, el cuerpo de Reyes llevó a cabo una proeza excepcional: intentar la fuga sin una de sus extremidades (véase Anexos, imagen 5):

Reyes fue herido en las piernas por efecto de las esquirlas de las bombas aéreas, y auxiliado por sus compañeros, intentó huir de la destrozada vivienda. En ese momento, los comandos antiguerrilla dispararon contra Reyes en dos ocasiones; uno de los disparos dio en el pecho, pero la bala que lo dejó sin vida entró por su ojo izquierdo y le desfiguró parte de la cara [...]. Reyes murió esta madrugada de manera tan violenta como la que había vivido. (Noticias Uno, 1.º de marzo de 2008)

El destino de los cuerpos de la guerra encuentra en la carne su dispositivo de igualdad. Las corporeidades de guerrilleros y soldados muertos en combate, o las de policías fallecidos en cautiverio, se inspeccionan en profundidad para rastrear la identidad individual en la sangre, en las huellas dactilares, o en el ADN. Acaban por convertirse en un rostro sin mirada, en una materialidad biológica y en un entramado simbólico, al que hay que diseccionar para encontrar lo que eran más allá del rol que representaban en vida, como guerreros, enemigos, terroristas, simpatizantes de la subversión o miembros de las Fuerzas Armadas.

De la exhibición al anonimato corporal

Durante el periodo de la seguridad democrática, los medios constituyen uno de los pocos espacios donde los cuerpos de la guerra tienen visibilidad. Por lo tanto, pueden considerarse instancias de mediación simbólica de los cadáveres, que adquieren consistencia política y cultural a través de relatos e imágenes donde se materializan las ausencias de la carne y su degradación.

Al ingresar al Instituto de Medicina Legal, el cuerpo de Luis Edgard Devia Silva desapareció súbitamente ante la mirada atónita de la opinión pública y la perplejidad de sus familiares, quienes intuían, desde la clandestinidad, el dolor del cadáver ausente, que tantas veces han vivido las víctimas del conflicto armado colombiano.

Un año después de la Operación Fénix, el enigma sobre el paradero de esta corporeidad generaría nuevos relatos periodísticos, escándalos fiscales, investigaciones acerca de la actuación ejercida por organismos gubernamentales en cuanto a la protección y vigilancia del cuerpo de Reyes, y confrontaciones legales entre los familiares del guerrillero abatido.

Si las cosas siguen como van, Raúl Reyes va a terminar protagonizando más noticias muerto que en vida. Las autoridades dicen que autorizaron a unas personas para recibir su cuerpo. Hoy, Noticias Uno encontró a los dos autorizados que dicen que jamás les entregaron el cadáver del cabecilla. El padre aseguró que el director de la Policía Metropolitana de Bogotá, general Rodolfo Palomino, y el director de Medicina Legal, Pedro Franco, deben responder por el cadáver del

jefe guerrillero. Según él, eran los responsables de los restos mortales del guerrillero. (Noticias Uno, 4 abril de 2009).

Representantes del Estado colombiano aseguraron que la entrega del cadáver sí se realizó, pero la ubicación de la sepultura de Reyes es un misterio para sus allegados: “Las autoridades insisten en que hay pruebas que demuestran que el cadáver del guerrillero sí fue entregado a sus familiares, pero ni el padre, ni la exesposa, ni los hijos de Reyes saben dónde está sepultado” (Noticias Uno, 4 de abril de 2009).

¿Quién podría reclamar la anatomía desgarrada del emblemático enemigo de la democracia y asumir públicamente algún parentesco o filiación emocional con el guerrillero? Me pregunto si existirá en Colombia una cierta propiedad sobre los cuerpos que le permita al Estado, como en el caso de Raúl Reyes, disponer de la materia inerte, del espacio donde se construye y reconstruye todo lo que somos, con las implicaciones simbólicas y políticas que de ello se derivan²¹.

Los periodistas explican que la entrega del cadáver de Reyes se vincula a una serie de protocolos que deben cumplir quienes lo reclamen, entre estos, la comprobación de parentesco por grado de consanguinidad. Al respecto, el fiscal general de la Nación dijo: “Y ante el hecho cierto de que ninguna persona pudo acreditar parentesco alguno que nos permitiera entregarle el cuerpo, se dispuso la inhumación estatal” (Noticias Uno, 16 de marzo de 2008).

A partir de este hecho, pienso en la función que cumple el secreto sobre el lugar donde yacen los restos del jefe guerrillero, y de qué manera el ocultamiento del cadáver puede incrementar su imagen mítica. Lo cierto es que la ausencia de su cuerpo habla del posicionamiento de Reyes en las narrativas de la cotidianidad e impulsa a los medios a generar más relatos, más noticias que buscan develar el misterio y responder a un principio fundamental del periodismo: reducir la incertidumbre, buscar

21 Existe una normatividad legal sobre los cadáveres, condensada en la Sentencia T-162 de 1994, según la cual el derecho sobre el cadáver no puede fundarse en el concepto *dominio*, y ni siquiera en el de *posesión jurídica*, pues tal y como lo expresa la sentencia: “Esta sola posibilidad repugna a los sentimientos y a los principios de respeto, veneración y culto a los muertos”.

respuesta a los interrogantes de la opinión pública y satisfacer la necesidad de orientación de los ciudadanos.

En cualquier caso, el enigma sobre el lugar donde quedaron los restos de otros jefes subversivos ha sido una constante de la historia política nacional. Al anonimato fueron a parar los cuerpos de jefes guerrilleros como Camilo Torres²², de quien el Ejército ocultó el sitio exacto de su tumba. Por su parte, la guerrilla de las Farc nunca reveló la ubicación del cadáver de Tirofijo, quien al parecer murió de un paro cardíaco el 26 de marzo de 2008, en las selvas del Caquetá (*El Colombiano*, 25 de septiembre de 2010).

Al final, la Fiscalía tuvo que iniciar una investigación penal para esclarecer las irregularidades que se presentaron en la entrega del cadáver de Raúl Reyes y fijar así una versión oficial de los hechos. Medicina Legal sostiene que tras previa autorización de la exesposa del guerrillero, María Hilda Collazos, para ceder al Estado colombiano el derecho sobre el cadáver y su disposición final, el cuerpo fue entregado a la Policía por razones de seguridad, y esta llevó a cabo la inhumación estatal en un lugar secreto. Sin embargo, la institución se mostró dispuesta a regresarlo a la familia cuando esta “lo estime conveniente”. “La Policía procede a darle cristiana sepultura por autorización de la señora. No fue una componenda o una triquiñuela para quedarse con el cadáver. Esto no es un botín”, dijo al diario colombiano *El País* (17 de abril de 2009) el director de Medicina Legal, Pedro Franco, quien aceptó que no sabe dónde está el cadáver.

A la disputa por el cuerpo también se sumaron las Farc, quienes solicitaron a la organización Colombianas y Colombianos por la Paz exigir al Gobierno nacional la entrega de los cadáveres de los comandantes Raúl Reyes e Iván Ríos a sus familiares, y anunciaron la entrega de los restos óseos del coronel de la Policía Julián Ernesto Guevara, muerto en cautiverio.

22 Esta inquietud motiva la formulación de un nuevo estudio sobre el destino de los cuerpos insurrectos en América Latina, entre los que figura Camilo Torres y el Ché Guevara. El trabajo se encuentra en fase preliminar.

Eccehomo²³ en los matorrales: la mano de alias ‘Iván Ríos’ o el cuerpo como objeto de canje político y económico

Allí están sin vida los guerrilleros Iván Ríos y su compañera Andrea, en el lugar donde 36 horas antes su amigo, su seguridad y hombre de confianza, alias ‘Rojas’, los asesinó entre los matorrales de la zona rural de Aguadas, en [los] límites de Caldas y Antioquia. Llegaron por sus cuerpos 30 hombres comando de la Octava Brigada, guiados por otro guerrillero que traicionó a Iván Ríos, entre un sendero de minas antipersonales, que ahora solo resguardaba cadáveres. (Noticias RCN, marzo de 2008)

El anterior es un fragmento del escalofriante relato sobre el asesinato del legendario guerrillero Manuel Jesús Muñoz Ortiz, más conocido como Iván Ríos, a manos de su jefe de seguridad alias ‘Rojas’. El crimen acaparó la atención de los medios de comunicación nacional, y en especial, de los noticieros de televisión, que con cierto éxtasis narrativo se regocijaron en la mutilación del cuerpo mórbido de Ríos para satisfacción de la evidente necrofilia visual del conflicto armado colombiano²⁴.

El enorme capital de imágenes derivado de este episodio criminal, expresado en la posibilidad ofrecida a los periodistas de acceder a los cuerpos rígidos de Rojas y de su compañera sentimental, y realizar un registro del evento con sus cámaras de video y fotografía, produjo el paroxismo de la televisión. El rostro de Ríos con un disparo en la frente, envuelto en una bolsa plástica de sanidad militar, se repetía de manera incesante a

23 Se refiere a un cuerpo maltratado, herido o torturado.

24 Para realizar el análisis de este caso, se tuvieron en cuenta las noticias tituladas: “Cadáveres de Iván Ríos y su compañera Jazmín” (RCN, 24 de marzo de 2008); “Asombroso: muerte de Iván Ríos, amigo de Raúl Reyes” (RCN, 8 de marzo de 2008). Y de otro lado: “¿Se debe pagar la recompensa a alias ‘Rojas’?” (Noticias Uno, 9-10 de marzo de 2008); “Gobierno no pagará recompensa a alias ‘Rojas’ por muerte de ‘Iván Ríos’”. (Noticias Uno, 15 de junio de 2008) y “Habló alias ‘Rojas’, el Gobierno no le ha cumplido” (Noticias Uno, 22 de febrero de 2009).

lo largo de las noticias de RCN, durante la segunda semana de marzo de 2008 (véase Anexos, imagen 6).

“Algunas imágenes pueden ser muy explícitas, pero se publican por su importancia periodística”, advierte RCN, al anunciar la perturbación que puede causar en el receptor el registro visual de la mano amputada de Iván Ríos, enrollada en un trozo de tela camuflada, y con el movimiento de sus falanges intacto, exhibida mientras es manipulada por los técnicos del Cuerpo Técnico de Investigación (CTI), para imprimir las huellas dactilares de sus dedos en una tarjeta (véase Anexos, imagen 7).

Como si se tratara de un crimen pasional, la mujer de 21 años que Ríos amó yacía a su lado boca arriba, con expresión de tranquilidad, uniforme militar, y sin marcas aparentes de violencia sobre su rostro, o su cuerpo, salvo una tela manchada de sangre bajo su cabeza. Los cuerpos estaban dispuestos en el piso de un helicóptero de la Fuerza Aérea, que ya se erige del análisis como un artefacto simbólico de la guerra, o vehículo de los cadáveres que produce el conflicto, y que en cada trayecto, con el sonido estridente de las aspas y hélices en movimiento, señala el tránsito de los despojos, de escenarios de confrontación armada y barbarie, a espacios de normalización y gestión estatal del muerto, como aeropuertos y bases militares, que señalan la transición entre la exhibición mediática del cuerpo, su exploración en Medicina Legal y su posterior ocultamiento.

Regresemos ahora a la noticia y leamos lo que dijo RCN al respecto:

En un helicóptero, el Ejército trasladó, desde el cañón del río Arma hasta Pereira, el cadáver de alias ‘Iván Ríos’. El cuerpo del jefe guerrillero presenta un tiro en la frente que le propinó alias ‘Rojas’, su hombre de confianza, quien decidió cortarle la mano derecha y entregarla a las autoridades. El Ejército también trasladó el cuerpo de alias ‘Andrea’, la compañera sentimental del jefe guerrillero, quien fue ultimada a tiros por alias ‘Rojas’. (Noticias RCN, 8 de marzo de 2008)

La fascinación de los medios con la historia de Ríos está vinculada al potencial narrativo del hecho, pues contaba con elementos dramáticos espectaculares: traición entre amigos, ruptura de los lazos filiales y corporativos por fines mezquinos, amores inconclusos, pasiones desbordadas entre guerrilleros y conflictos éticos en el interior del grupo armado. Se dice

que Rojas ingenió, durante ocho días, un plan secreto para dar muerte al comandante del bloque central de las Farc, y que ni siquiera su esposa, una mujer que fue reclutada por el grupo, y a quien su familia creía muerta, tenía conocimiento del plan: “Lo hice para salvar la vida de mi compañera y de otro compañero”, dijo Rojas a los medios.

En este caso, las narrativas de corporeidad aparecen vinculadas a los valores que la sociedad considera legítimos y fundamentales, aun en el marco de las prácticas bélicas ejercidas por los combatientes del conflicto armado. La vulneración de la amistad y la lealtad entre guerrilleros está asociada en el relato al respeto por la vida del otro y por la integridad de su cuerpo: “En la guerrilla no hay amigos”, afirmó con frialdad Rojas cuando contó a los periodistas de RCN, sin gesto alguno de emoción, el modo en que se valió de engaños para cumplir a cabalidad su plan y cobrar la recompensa de cinco mil millones de pesos que otorgaba el Gobierno colombiano “por la cabeza del guerrillero”. La inexpresividad de su rostro, la mirada sin brillo, la complexión gruesa, cubierta por el uniforme camuflado, y el tono sereno de su voz, mientras contestaba las preguntas de los comunicadores, parecían reiterar la imagen estereotipada de Pedro Pablo Montoya como un asesino, y, ciertamente, un hombre indigno de confianza. Respecto a Rojas, un periodista de RCN dijo:

Una vez dio muerte a alias ‘Iván Ríos’, en la madrugada del pasado jueves, le hizo creer al resto de insurgentes que el Ejército se había tomado el campamento. Todos salieron a correr, y Rojas aprovechó para dar muerte a la compañera de Ríos y cortar la mano derecha del jefe guerrillero. (Noticias RCN, 24 de marzo de 2008)

La actuación criminal de Rojas acentuaba la representación de las Farc como un grupo terrorista sin ningún respeto por sus semejantes, y con un grado de maldad y sevicia latente, exacerbado por las difíciles condiciones de supervivencia que enfrentaban los miembros de las filas guerrilleras. Hombres debilitados por el poderío militar del Gobierno colombiano, que cercados por 1000 hombres del Ejército, actuaban como

aves de rapiña capaces de devorarse entre sí y, luego, tras un ritual de sangre, llevar parte de la presa a su amo²⁵.

El cadáver de Ríos va de la anomia propia de la guerra y las consecuentes operaciones lingüísticas y estéticas para lograr la clandestinidad —por ejemplo, a través de los alias²⁶— a un escenario de civilidad donde el guerrillero recupera su nombre y su condición de ciudadano, a partir de la identificación genética y dactilar. Esta última inaugura el retorno simbólico de las corporeidades subversivas a una supuesta identidad original que se aloja en los pliegues de la piel, en micropartículas del organismo y en cavidades dentales, que son exploradas con minucia por técnicos y médicos forenses (véase Anexos, imagen 8).

Con la mano derecha de alias ‘Iván Rojas’, que estaba envuelta en un pedazo de camuflado que vestía el líder guerrillero, la Fiscalía pudo establecer la plena identidad del miembro del Secretariado de las Farc. Los técnicos del CTI compararon las huellas digitales con la tarjeta decadactilar, que fue tomada cuando se le expidió la cédula con su verdadero nombre, que era Manuel Jesús Muñoz Ortiz, nacido en San Francisco, Putumayo, el 19 de diciembre de 1961. (Noticias RCN, 8 de marzo de 2008)

En las narrativas de Reyes y Ríos hay una discreta asimilación de la corporeidad guerrillera a la animalidad y al primitivismo, expresadas en elecciones lexicales como: “Estaban tras la cabeza del guerrillero”, y en un manejo de las imágenes del cadáver que nos recuerda las orgías de sangre propias de los safaris africanos, celebrados a comienzos del siglo pasado, y el modo en que los guerreros salvajes, y aun los que podemos

25 En rueda de prensa, el entonces ministro de Defensa, Juan Manuel Santos, dijo, refiriéndose al caso de Rojas, el 15 de marzo de 2008: “Que entre ellos mismos se estén matando por recompensas, o por cualquier motivo, señala el deterioro moral en que se encuentran las Farc”.

26 En este caso, a diferencia de los bandoleros de La Violencia, los alias, tal como lo explica María Victoria Uribe, no representan cualidades de un animal de quien se toma la identidad, sino nombres alternos empleados por los subversivos para ocultar la identidad verdadera.

imaginar en albores de la modernidad, decapitaban a sus enemigos y disponían sus cabezas, o sus troncos, en sitios públicos, como medida de sanción y construcción de poder simbólico frente al adversario, tal como lo harían los miembros de la fuerza pública que dieron de baja a Raúl Reyes, y que posaron a su lado, con la idea de capturar para siempre un evento memorable y exponer el cuerpo destrozado a los medios de comunicación para demostrar la victoria frente al enemigo.

Lo interesante en este caso es orientar la lectura del hecho al modo en que los cuerpos de los combatientes de las Farc son exhibidos a la opinión pública como prueba fehaciente del éxito de la política de seguridad democrática, en materia de lucha y aniquilamiento de la subversión, a partir de la combinación de estrategias militares e incentivos económicos otorgados a los guerrilleros y a miembros de la población civil que presenten información sobre la ubicación de objetivos militares valiosos.

En este punto es necesario señalar una distinción cualitativa entre los dos noticieros analizados, derivada de la producción disímil de narrativas y representaciones sobre la corporeidad de los guerrilleros. Así, mientras RCN replicaba sin distanciamiento crítico los discursos oficiales y las imágenes de los cadáveres de Iván Ríos y de su compañera Jazmín, que evidenciaban la efectividad de la seguridad democrática para contrarrestar al enemigo, para Noticias Uno, el asunto central de la discusión era atender al modo en que esta política conmina a los actores del conflicto a entregar las armas, a rendirse y a delatar a sus cabecillas, no solo por la amenaza de la coerción y la violencia sobre los cuerpos, sino también por la sujeción voluntaria que suponen prerrogativas legales como amnistías, reducción o anulación de penas en procesos de desmovilización y, sobre todo, jugosas recompensas que actúan de manera poderosa en la conciencia de los actores armados, pues muestran las fisuras internas de los grupos subversivos, en cuanto a las dificultades obvias que el conflicto supone la satisfacción de necesidades básicas como el alimento o el descanso en general y a los valores que estructuran estas organizaciones: “Todos los que colaboren con el Estado, con la fuerza pública como informantes, como cooperantes, todos los que nos ayuden a ganar esta guerra lo más pronto posible, van a tener protección y van a estar recompensados”, explicaba al país Juan Manuel Santos en una rueda prensa

transmitida por los canales de televisión nacional, y montada en la red por Telesur, el 15 de marzo de 2008.

Al hablar sobre los motivos que lo llevaron a cometer el asesinato, Rojas expresó: “Se dio esta situación por la presión del Ejército colombiano. Llevábamos quince días, y ya la alimentación escaseaba”. Luego admite que tras pasar diecisiete años en la agrupación subversiva, las Farc están pasando por un mal momento, su capacidad de respuesta frente al Ejército se debilita, y por primera vez en lo corrido de la noticia, parece conmovido al imaginar las consecuencias que pueda tener en sus compañeros, el cerco militar sobre el frente que comandaba Ríos: “En este momento los muchachos van en una situación difícil, deben de estar sin comida, porque llevan alimentación para dos días y la presión sigue en la zona” (Noticias RCN, 8 de marzo de 2008).

Sobre los incentivos económicos, los periodistas de la Red Independiente fueron enfáticos al señalar las contradicciones que se presentan en torno a las recompensas por datos sobre la ubicación de los cuerpos de cabecillas guerrilleros. Al respecto, el espacio informativo da cuenta de la evolución que presenta la noticia analizada, desde el momento en que el Ministerio de Defensa anuncia el pago de los cinco mil millones de pesos a Rojas, por su colaboración con las autoridades, y la controversia que se presenta por dicha decisión, hasta el momento en que el Gobierno notifica al país, mediante un comunicado oficial presentado en Noticias Uno, su decisión de no conceder el monto prometido a Rojas, por considerar que “No es viable cancelar sumas de dinero por concepto de pago de recompensa, ya que la muerte del sujeto conocido como alias ‘Iván Ríos’ no se dio en el escenario de un enfrentamiento con la fuerza pública, es decir, no fue abatido en combate” (Noticias Uno, 15 de junio de 2008). La política de las recompensas, en opinión del exministro Santos, no paga por cadáveres y homicidios, sino por información, y solo procede “cuando los guerrilleros entreguen las coordenadas de sus jefes o den información que permita su captura o su baja en combate con tropas regulares”, dice la notificación oficial, preparada por el Ministerio de Defensa.

Al final, alias ‘Rojas’ le contó a Noticias Uno que de los cinco mil millones que le prometió el Gobierno, solo le autorizaron ochocientos, que luego le fueron embargados. Y “aseguró que mientras se entregaba, temía que lo convirtieran en un falso positivo” (22 de febrero de 2009).

La Fiscalía tiene que definir si ordena medida de aseguramiento contra Pedro Pablo Montoya, alias ‘Rojas’, por el homicidio de Iván Ríos. Aquel ingresará al programa de atención humanitaria del Ministerio de Defensa, en aparente condición de desmovilizado, si la entidad lo considera pertinente. En cualquiera de los casos, enfatiza con ironía un periodista de Noticias Uno: “no es claro si recibirá los anhelados cinco mil millones en los que estaba avaluado Iván Ríos” (22 de febrero de 2009).

Corporeidades clandestinas e intersecciones narrativas

Los relatos construidos por los noticieros de televisión RCN y Noticias Uno sobre las operaciones militares y acciones impulsadas por la seguridad democrática, que permitieron “dar de baja” a Iván Ríos y a Raúl Reyes durante el denominado “marzo negro de las Farc”, en 2008, exaltan el heroísmo y valentía de las Fuerzas Armadas para superar las pruebas que se presentan en dirección al objetivo que quieren conquistar: la guerrilla, antagonista y enemigo donde confluye la violencia. Según narra un periodista de Noticias Uno, al referirse a la muerte de Iván Ríos,

Los comandos logran flanquear un área de quinientos metros a la redonda, sembrada de bombas, y tropiezan con el cadáver de uno de los más temibles y perseguidos miembros del Secretariado de las Farc y su compañera sentimental, también conocida en las filas de la guerrilla como ‘Jazmín’, graduada como enfermera jefe, y de 21 años de edad. (24 de marzo de 2008)

Las noticias sobre la muerte de los dos subversivos tejen el viaje físico y simbólico de los cadáveres por instancias de normalización y exhibición corporal, y culminan en la disputa por la posesión del cuerpo, o en la privación de una sepultura, como parte de la sanción cultural y política impuesta por los delitos cometidos como líderes subversivos y actores terroristas. Al anunciar el traslado de Reyes a una instancia militar, una presentadora de RCN exclamaba:

Atención, a esta hora llegan al corregimiento de Santa Ana, entre Puerto Asís y Mocoa, los cuerpos sin vida de alias ‘Raúl Reyes’ y

diecisiete guerrilleros más abatidos en un bombardeo realizado por comandos de la Fuerza Aérea. Soldados de la Brigada Móvil 13 se encargan de los cadáveres, en tanto las autoridades civiles de Putumayo declararon la prohibición de porte de armas en zona urbana y rural del departamento. Asimismo, en el hospital de San Francisco de Asís, se decretó la alerta roja ante la expectativa de que puedan llegar soldados o guerrilleros heridos en los enfrentamientos. (1.º de marzo de 2008)

Es posible señalar que las formas de violencia vinculadas a los cuerpos de Reyes y de Ríos tienen que ver con el engaño, bien sea por trampa, delación o disfraz de sus mismos compañeros, de informantes que actúan bajo la política de incentivos alentada por el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, o de espías que integran la inteligencia militar y monitorean sus actuaciones clandestinas, a través de satélites o de sistemas de radiofrecuencia. Cito en extenso un hecho que recuerda las palabras de María Victoria Uribe al analizar el fenómeno de las masacres, en el periodo conocido como La Violencia, y al referirse a la profunda ambigüedad manejada por el delator o intermediario que transforma en víctima al jefe, al líder o, en el caso de Ríos, al amigo, mediante el señalamiento:

Por fuentes humanas e información verificada por la inteligencia del Estado, el Gobierno colombiano se enteró de que guerrilleros del frente 48 de las Farc se encontraban cerca de la frontera con el Ecuador, en un lugar conocido como Granada, y que en la noche del 29 de febrero el miembro del Secretariado de las Farc, alias ‘Raúl Reyes’, haría presencia en ese punto. Se preparó una operación para atacar el lugar donde estaban ubicados los guerrilleros del Frente 48, en el sitio que había señalado la fuente, operación que se inició en la madrugada de hoy, exactamente a las 00:25, con un bombardeo por parte de la Fuerza Aérea Colombiana. (Santos, 1.º de marzo de 2008)

Debo agregar que la vigilancia tecnológica sobre los cuerpos clandestinos, ejercida por los comandos especiales del Ejército, contempla, entre otros vectores, las comunicaciones de las Farc. Por ello, la ruptura del silencio condujo a Reyes a la muerte, como lo explicaron muy bien los

periodistas de Noticias Uno al narrar los pormenores sobre la planeación de la Operación Fénix, en la emisión del 1.º de marzo de 2008:

8 de enero de 2007: inteligencia de la Policía interceptó una comunicación en la que Raúl Reyes habló con otro guerrillero, a través de un radio de comunicación, sobre la intención de reunirse con una comisión de congresistas demócratas de Estados Unidos. En la comunicación, el jefe guerrillero dijo que debían comprometer a los miembros de la bancada demócrata en el tema del intercambio humanitario. Reyes les hizo llegar en secreto el número de su teléfono satelital a los congresistas estadounidenses. Ese fue su primer error. (Canal Uno, 1.º de marzo de 2008)

Se entiende que la comunicación es un componente cada vez más importante en la dinámica del conflicto, en muchos sentidos. De un lado, como tecnología de guerra, y del otro, como factor estructurante de una clase de memoria electrónica de los actores armados, que se va construyendo a partir de los documentos e imágenes digitales derivadas de los computadores de las Farc, hallados al lado de los cadáveres de los jefes guerrilleros.

La mirada a estas narrativas me permite afirmar que el espionaje satelital y el rastreo de los cuerpos, asistido por máquinas y tecnología de inteligencia militar, hace necesario pensar la corporeidad de la guerra desde otra dimensión, quizá como un espacio de flujos electrónicos, un conjunto de ondas que transforman el cuerpo en un dato, en una coordenada, o en una serie de imágenes informáticas que deshumanizan al combatiente y nos ponen de frente a la virtualidad de lo corpóreo, como un elemento esencial de la confrontación armada, que representa ventajas evidentes del Estado frente a una guerrilla, a todas luces, rústica y casi bucólica.

